La Galería Trinta acoge la exposición del artista extremeño afincado en Galicia 'El perro minimalista'.

TEO SORIANO LA PINTURA COMO OBJETO QUE SE REMITE A SÍ MISMO

TEXTO ***Fátima Otero***

Ante muchos pintores adocenados en un mundo demasiado estético, sin nada detrás que impulse con una base y armazón conceptual lo que quieren expresar, surge otra línea indagadora. Consiste en la inteligente explotación de todas las posibilidades espaciales que puede dar la pintura y asumir el riesgo de situarla en otras circunstancias que no sean las tradicionales.

Entre estos últimos se incluye el trabajo de Teo Soriano (Mérida, Badajoz, 1963), un artista asentado en A Coruña que muestra estos días su trabajo en la galería Trinta de Santiago.

Sus piezas rompen la idea de estar ante un cuadro. Algunas se resuelven en ensamblajes que se presentan en campos de color divididos por bandas en diferentes materiales, que recuerdan a Barnett Newman. Otras son meros retazos de madera, bastidores que se expanden, parcialmente cubiertos con densa y espesa acumulación pictórica, restos como extraídos del rincón de una vida doméstica o residuos industriales. Sin embargo, esos materiales sin aparente importancia, que casi no se valoran cuando se les ve apoyados sobre una esquina o contra la pared, alcanzan un relieve especial y se libran de su condición residual al formar parte de un ámbito expositivo. Pierden así el anonimato, encajan y se ensamblan con las otras piezas y se conectan a la línea investigadora de la idea que sobre la pintura tiene este artista.

Es todo un mundo rico en formas que van desde el pequeño al gran formato y aparecen desplegadas en tondos o espacios cuadrangulares. Se percibe una gama amplia de colores monocromos de tonalidades vivas, muy diversas y sofisticado color. Es más, éste puede estar contenido en pequeñas urnas de cristal para vislumbrar lo que es el verdadero entresijo de la pasta pictórica. El artista produce una materia que fluye sobre el lienzo; es una masa de pintura fluctuante en su movimiento y nada más. Es la suma de capas y capas de color para que el espectador descubra la pura materialidad pictórica como algo que se puede museizar.

Desde esa actitud tan libre afronta cada una de sus intervenciones Teo Soriano, siempre sin un proyecto inicial previo. Se deja llevar sin ninguna intención concreta pero sí manejando el concepto de *flâneur,* lanzándose a la aventura del paseo, de la lectura y la poesía para pensar la pintura tan solo como un objeto, que no es visto ni como representación ni como acción. El autor asume el riesgo de improvisar, y así incorpora a la pieza tanto el accidente como lo intuitivo y sin dejar de lado lo largamente reflexivo de alguien que conoce a fondo el lenguaje que maneja.

El artista se vale de la abstracción para reivindicar una vez más la pintura como medio de expresión, desde una posición de obcecada fidelidad hacia una práctica que ya Baudelaire había estigmatizado como decrépita y que aún hoy puede tener capacidad para seguir reinventándose. De esta manera, Teo evoluciona en su quehacer hacia cuestiones espaciales y texturas que quieren eliminar cualquier atisbo de forma o signo reconocible.

Lo único icónico sería el propio título de la exposición, ese perro minimalista que inevitablemente nos lleva al otro polémico animal semihundido de Goya, que entonces y todavía hoy sorprende por la austeridad de la superficie empleada, por la soledad del elemento pictórico y por la extrema libertad con la que se trata el tema de la pintura como simple espacio de color sin más.

Es otra manera de pintar de este artista que nos sorprende, porque lo que hace no recuerda a nada que hayamos visto antes y que lejos de anular sus parentescos, los resalta a través de guiños ya sea a artistas por él admirados, como Blinky Palermo, o a la pintura centroeuropea de los últimos lustros que encabezan Imi Knoebel, Adrian Shiess o Heimo Zobernig

En este *site especific* en que se ha tornado la galería Trinta, Teo Soriano presenta una instalación en la que se manejan tanto lienzos como materiales variados, ya sean aluminios, maderas, cartones, esmaltes, contrachapados o telas. Todo ello desenvuelto mediante una serie de combinatorias posibles de formas y gamas que van desde el verde, rosado y morado hasta el anaranjado, ya sea para proyectarse fuera del soporte en el que se ubica la pintura como para rehuir del muro y apoyarse en el suelo o en el borde de alguna madera.

Y todo ello para incidir en esa idea brillante de rebasar los propios límites del bastidor y proyectarse hacia lo que Rosalind E. Krauss definió como pintura expandida, aquella que siembra otras áreas y que se moja tan sólo en el contacto físico, manual, de la siempre fascinante práctica pictórica. Así se resalta con más poder su fuerza, su poder hechizante y la acción del propio material.

Estas piezas a simple vista parecen sencillas, pero son de factura muy trabajada que ante todo remiten a la propia naturaleza del material para no representar sino presentarse a sí mismas. Enfrenta la pletórica del empaste frente a la pintura engañosa que falseaba la realidad para que el plano pareciese tridimensional. En el presente trabajo se hace lo contrario, se aboga porque lo real, los objetos y superficies desnudas parezcan cuadros. Merece la pena observar de cerca esta curiosa experiencia, que hace trizas la idea tradicional del concepto clásico de la pintura.